

Por eso vive y perdura. Sus meditaciones, como las espirales de la columna salomónica, sirven para que por allí trepen las nuestras. Don Juan es voluntad de columna en la estética múltiple, superpuesta, de motivos varios, como la del barroco, que tratamos de descubrir y fijar en nuestras letras. Columna, sin que se acuse de trunca, porque a poco que la miremos, ya florecen sobre ella los caprichos de friso, la composición arquitectural que se dijera vitalizada porque carece de los perfiles fríos de la regular y se insinúa en las curvas o en los contornos de la espontánea y audaz.

Columna por su grávida conciencia y por su fortaleza. Ella también de imagen antigua, de raíz cósmica, como la de los árboles, las primeras columnas que formaron las naves de los templos paganos, del templum, del bosquecillo, en donde veneraban los griegos a sus dioses mayores, de belleza limpia y quieta, de simbolismos delicados o terribles, de leyendas heroicas, pero francos en su bien o en su crueldad, sensibles al voto como lo fueron los humanos.

Los filósofos, encerrados en su gravedad, no quisieran escucharnos. Les oiríamos, llevándonos su fenómeno o su teoría a nuestro laboratorio de silencio o de música, para analizarlos o comprenderlos. Los meditadores pueden ser nuestros amigos con más segura fortuna. Su voz se parece más a la de la confianza que a la del precepto. Conversan con nosotros y no preceptúan la vida. No espían los rincones de la existencia como algunos de los moralistas y pasan, más bien, sin demostrarnos su reparo de lo deforme o lo incompleto, porque saben comprender que en medio de la desarmonía de los otros, ha de alzarse su ritmo, como una fortaleza o un madrigal.

Se puede hablar de las moralidades de don Juan, pero, ¡cuán distintas de la de los espejos de fija edificación! En ésta, la imagen refleja su contorno asombrado, desaparece con el azogue, se quiebra con el golpe de la prueba. En las de don Juan la vida sigue su curso variable, se forma en la discusión de los tratados, sigue las líneas o las curvas de la Geometría, es el Padre Lachaise, la nobleza, el

genio, los filósofos, los héroes de América, el Quijote.

Don Juan Centenario vuelve — ¿pero se ha marchado alguna vez? — como si de su lugar de experiencia nos trajera un vino templado, arcaico y nuevo. Al ofrecérselo, no le vemos en la actitud de soberbia indómita en la que le observaron sus contemporáneos. El tiempo ahuecó el ímpetu de sus palabras. Ya no viven los hombres de su escenario con existencia sensible, pero la prosa montalvina modeló de tal forma sus figuras que ya las vemos pasar, desprendiéndose del volumen que nos mira con el ojo dorado de su título. Veintimilla por el nuevo Montiel de sus Capítulos de contextura cervantesca... Monseñor Ordóñez dolido de la acerbidad de la Mercurial.

**El anunciador.**—Montalvo es el amigo. La relectura de sus libros mueve en nosotros el placer de las anotaciones. Su *Cosmopolita* es el mapa primero. Allí está el Montalvo de los primeros años, con gracia parecida a la que se extiende por su frente tranquila, tal como lo ha visto el artista Villacres en uno de sus últimos lienzos. Vuelve del paseo de meditación a través del pintoresco laberinto de la capulicada. Ha conocido ya el encanto de los ríos originarios, de aquellos que invitaron con su frescura grata, al ascenso de las civilizaciones. Un atisbo del fulgor espiritual del ciudadano del mundo brilla en sus cuartillas de las Cartas del Padre Joven. Ya quebrará los endecasilabos profanos en su prosa magnífica. Don Juan no ha de perseverar en el verso. Le reclama el ritmo libre de la cláusula. Ya golpea el estilo sobre la tablilla de la forma. Su punzón es greco romano por el ancestro del ingenio y castellano por la seguridad con que dibuja los caracteres.

Amigo por la destreza con que remueve las ideas que no envejecen, hiende el camino con su arado de luz y forma el cauce para que por allí circulen y lleguen las aguas limpias de los géneros contemporáneos. Montaigne es el padre del ensayo: visión múltiple, enlace sagaz, unidad para relacionar lo aparentemente dispar, vuelos de armonioso conjunto en lo externamente disconforme. Pero la nueva inicial idéntica se levanta en el frontispicio de otros siete libros: Los Tratados... Así, con parecido vaivén, penetran los modernos en el insinuante palacete del ensayo. Recuerdan y borran. Aspiran a grabar, en la estancia mejor, un medallón clásico. Bordan frisos de historia y fijan detalles de leyenda, animan el contorno de una figura, gozándose en el aura vivificadora del ambiente y, tal como lo quería Gómez de Baquero, interpretan, con nueva agilidad, el deseo horaciano.

No fué otra la visión de uno de sus libros póstumos, el octavo tratado, digamos el primer ensayo. Un tanto pitagórico, un algo platónico, logró armonizar el trazo elemental del geometra con las contemplaciones de la moral y hombres de las letras y de las artes hallaron su línea y su figura, su triángulo o su parábola, su estancia circular o su punto finito. Quizá faltaron dos cuartillas: la recomposición de la Geometría que hubiera podido inventar Juan de Flor para el espacio de sus pensamientos. Tal vez el volumen. Acaso la espiral que se complace en libertar al círculo de su perfección de constante regreso y de vuelta infinita.

... Ya le revelaba *El Cosmopolita*. Y si Addison le prestó el nombre para una de sus revistas unipersonales, *El Espectador*, las anotaciones marcadas con el lápiz de Cronos, son originariamente suyas. Crítica, crónica, divaga-

## Basura del mundo

### I

*En los portales del Oeste miro  
desfilan las naciones inmigrantes,  
«la basura del mundo», que decimos.*

*¿Quién borrará ese ultraje,  
joven que vienes del país de Sócrates  
y eres hermoso como un Hermes ágil  
que tallara la mano de Praxiteles?  
¿Con qué vienes de Esparta? ¡Llevas sangre  
que circula en las venas de la gloria,  
eres hijo de aquellos que arrogantes  
se alisaron las largas cabelleras  
frente al persa en Termópilas!—Errante  
llegas hoy, y tu suerte dolorosa,  
tu suerte innoblemente lamentable,  
es más ruda y más digna de tragedia  
que la de aquellos héroes que padres  
de tus abuelos fueron...  
De tu estirpe el renombre ¿qué te vale?  
Eres sólo basura, la basura  
del mundo...!*

### II

*Y tu, de piel oscura y ojo vivo,  
que naciste en la falda de los Andes,  
o en el Centro de América al arrullo  
de lagos y volcanes,  
o donde el mexicano valeroso  
hace la guerra al son de cien cantares,  
o en las islas del Caribe rumoroso  
que es el mejor poeta de los mares!  
Bolivar fue tu abuelo,  
la gran Corregidora fue tu madre,  
hablas la lengua de Rubén Darío;  
Sueñas el sueño de Rodó el gigante.—  
¡Ah! ¡Pero qué! ¡si eres un pobre diablo,  
un greaser inmigrante...!*

### III

*Y tú, de la figura dolorosa,  
hombre triste cargado de pesares,  
con cuánto de dulzura y de misterio  
y de terror en la mirada! ¿Sabes  
que eres basura apenas?—Mansamente  
me miras. ¡Te conozco! Levantaste  
el soberano Templo hecho de cedros  
del Líbano y de oro, y en las calles  
de Nínive dijiste, la terrible  
palabra del Señor. Y predicaste  
en el desierto un día... ¡Vuelve el rostro!—  
¡Eres Jesús!...—¡Mentira! Que se engañen  
otros, yo no. Eres un sheeny  
y basura del mundo, miserable...*

### IV

*¡Hombre de mi República! ¡Ya es hora  
que invoquemos perdón por el ultraje  
con que hemos recibido a estas legiones  
de audaces soñadores inmigrantes!  
¿Qué valemos nosotros, torpes, rudos,  
pueblo joven sin arte,  
sin tradición que inspire y que ennoblezca,  
ante esta gente en cuyas venas arde  
la luminosa herencia de su estirpe?  
Esta basura trae  
innato en sus riñones al Homero  
que nuestras glorias cante.  
Los profetas y santos de la América  
saldrán de las entrañas de estas madres.—  
¡Perdón! ¡Perdón, vosotros, pueblos todos  
que a América venis! ¡Que no os amargue  
ni endurezca el espíritu la burla  
que os lanzan los insulsos! Perdonadles,  
y ayudadnos a hacer la nueva raza  
en cuyas venas corra vuestra sangre:  
¡el pueblo fuerte de la Democracia,  
la patria de los grandes ideales!*

## Robert Haven Schaufler

Robert Haven Schaufler descuella entre los poetas actuales de los Estados Unidos por el hondo sentido humano de sus versos. Nadie mejor que él ha sabido interpretar el sentimiento de gratitud que anima a los verdaderos norteamericanos para con los hombres y mujeres de todos los pueblos, de todas las razas, de todas las culturas, que constituyen los hilos, por decirlo así, de que está tejida la maravillosa tela de la vida estadounidense. Autor de varios volúmenes de poesías y de ensayos literarios, Robert Haven Schaufler es además músico de nota. Su instrumento es el violoncelo. Al regresar de la guerra europea, en la que peleó ganando condecoraciones, casó con la exquisita poetiza Margaret Widdemer. *Basura del Mundo* está reputada como la mejor composición de este poeta. La vertió al español el poeta nicaragüense Nicolás Escoto.

(Nota de *La Nueva Democracia*, de Nueva York, de la que hemos tomado este poema.)